

## ***La verdad de la vida***

*Faltaban como doce minutos para las doce de la noche, porque vio, de reojo, el relojito; el reloj que tenía sobre la mesa de noche. Y decidió apresurar la lectura de aquel volumen de 720 páginas que había comenzado con las 12 del medio día. Había calculado que si leía una página por minuto, a las doce de la noche acabaría de leer ese libro que le había llamado la atención por su título epistemológicamente erótico: **La Ruta hacia lo Desconocido: la Verdad Desnuda.***

*Pero había perdido algunos minutos porque se había levantado a espantar lo que él creía era una pequeña rata que estaba royéndole un zapato, cerca de uno de los montones de libros viejos que estaban arrumados en varios sitios de su habitación. Al final, se dio cuenta de que no era ninguna rata sino un par de medias viejas enrolladas que habían caído del armario deteriorado, en algún movimiento inadvertido. De todas maneras, había perdido un tiempo precioso en función de la meta que se había propuesto. Y no le gustaba fallar. Y menos, mirar las manecillas del reloj, que se convertían en manecillas detestables cuando no*

*podía culminar una lectura en el tiempo programado. El reloj mismo con su tic tac tic tac, se convertía en un instrumento odioso.*

*Leía noche y día. Día y noche. Con frío y con calor. En verano y en invierno. Entre semana y en festivos. Con luna llena y sin ella... Leía y leía.*

*Desde el mismo día en que se había pensionado, hacía varios años, había comenzado a leer los montones de libros que había comprado durante su vida profesional y que seguía adquiriendo a través de Internet, en preciosos minutos que le sacrificaba a la lectura, para continuar alimentándola.*

*¿Qué buscaba? La Verdad. Así como suena. Desde pequeño se le había convertido en una obsesión.*

*En una iglesia le habían enseñado que: “La verdad os hará libres”. En la escuela, un maestro le había dicho de frente: “Tienes que ponerte el rostro de la verdad”. En una campaña electoral, había escuchado a un político honesto exclamar:*

*”¡Moriré, con la verdad, de pie.!”*. Y había muerto, claro. Por último, recordaba que, en la universidad, un maestro de filosofía que, decían que no había terminado la carrera, había afirmado que es la verdad lo que le da sentido a la vida. Todo eso lo había marcado profundamente. Le había impreso un carácter de buscador de la verdad. Y había jurado que lo sería, hasta su muerte.

*Escudriñó obras de arte. Frunció el ceño frente a un cuadro de Da Vinci, e hizo un gesto despectivo frente a una obra de Picasso. Leyó libros acerca de las distintas religiones y no podía entender cómo, en nombre de los más hermosos principios, se habían librado las peores guerras. Penetró en las distintas corrientes y pensadores filosóficos. De Aristóteles no dijo nada, pero Descartes le pareció petulante, y de la filosofía de Nietzsche, pensó que era el último aullido de la humanidad.*

*Por supuesto que estudió también obras científicas pero, curiosamente, la ciencia no lo convenció nunca de ser un campo propicio para hallar la verdad. La ciencia le parecía demasiado mítica. Pensaba que la física que, decían, era la madre de las ciencias, no había podido descubrir la partícula*

*última de la materia. Y, con relación a la energía, no había podido explicarla. Todo lo que había hecho, pensaba él, era describirla con una fórmula.*

*Los planteamientos de la física cuántica y de la teoría de la relatividad, le dejaban muchas dudas y ninguna certeza. Así que todo esto le parecía una nueva teología, pero sin Dios.*

*De la ética pensó...bueno, no se sabe qué pensó, pero la única vez que deliberada y bruscamente cerró un libro, sin terminarlo, esbozando una sonrisa irónica, fue leyendo sobre la fundamentación de la ética...*

*Pero seguía leyendo y leyendo. Con sus gruesas gafas de carey que se ajustaba a cada rato; sus pantalones anchos, por su abultado vientre, fruto, entre otras cosas, de hacer sólo ejercicios mentales; un buzo de lana color marrón (tenía varios de ese color), y sus 73 años encima, se acomodaba en el viejo sofá, ubicado en el dormitorio, a realizar la tarea que se había impuesto: encontrar la verdad. Ni siquiera dejaba de leer cuando iba al baño y sólo levantaba la cabeza cuando golpeaban a la puerta de su pequeño apartamento, para entregarle las comidas que le*

*llevaban del restaurante cercano, porque vivía solo. Se había casado hacía un tiempo que no recordaba y se había separado, según decía, porque el matrimonio era una gran mentira. No había tenido hijos y no se le conocían parientes...*

*Una noche, miró el reloj y vio que iba a ser media noche; y apresuró la lectura. Pero, de pronto, se dio cuenta, o le pareció, que el tic tac del reloj, sonaba raro. Sonaba como más fuerte que de costumbre. Entonces, dejó la lectura y escuchó con cuidado: TIC...TAC...TIC...TAC...El ruido, no sólo era más fuerte, sino más lento. Y decidió cerrar el libro.*

*Sin saber cómo, se encontró mirando fijamente al reloj y pensando que con cada ruido del aparato, se iba un pedazo de nuestra vida. Y recordó, enseguida, que cuando era estudiante universitario, invitaba a sus compañeros a tomar un tinto, para matar el tiempo. ¡Qué vaina- exclamó-, tienen que pasar los años, para darnos cuenta de que es el tiempo el que nos mata a nosotros! Y continuó leyendo...*

*Pero en la noche siguiente, al oír el ruido del reloj, le pareció que su corazón también sonaba. Que paralelamente al*

*TIC...TAC...TIC...TAC..., hacía TUN...TUN...TUN...TUN...y comenzó a sentir que algo raro estaba pasando. Escuchaba y escuchaba. Y se tomaba el pulso. Unas veces en la muñeca y otras veces en el cuello, porque pensaba que estaba imaginando cosas. Entonces dejó de leer y se acostó. Se acostó sin terminar el libro.*

*En la tercera noche no se tomó el pulso para no ponerse nervioso. Pero comenzó a sentir el TUN...TUN...TUN...TUN... en la cabeza; más fuerte que el tic...tac...tic...tac... Ahora, el corazón no marchaba sincrónicamente con el reloj. Y no sabía si era éste el que se atrasaba, o su corazón.*

*En las noches siguientes comenzó a sentir miedo. Y con el tic...TUN...tac...TUN...tic...TUN...tac...TUN...sentía que se le iba cayendo, físicamente, a pedazos la vida. Dejaba los libros sin terminar, y se acostaba. Pero ahora, allí en su cama, se ponía la mano derecha sobre el corazón para palpar sus latidos y, con la izquierda, cogía el pequeño reloj, y escuchaba y escuchaba, hasta cuando no aguantaba más y estrujaba el aparato, hasta detenerlo. Y así repetía el ritual, noche tras noche, mecánicamente: la mano derecha*

*sobre el corazón y la izquierda, con el reloj; la mano derecha  
sobre el corazón y la izquierda con el reloj...*

*Una noche se equivocó de mano.*